

al sueldo oficial los emolumentos que gracias a su pericia logró D. Juan Palarea, cabe deducir que el ahorro pudo ser conseguido hasta la cantidad suficiente para poder comprar un caballo sobre el que visitar los pueblos vecinos de donde era solicitado al extenderse pronto la fama de sus conocimientos. La llanura ligeramente ondulada y los escasos cerros con algunos sotos de pinos de aquellas tierras hacía fácil la comunicación y ante la necesidad de visitar lugares cada vez más alejados, el médico de Villaluenga hubo de tener caballo propio y D. Juan Palarea, que de por sí era un caballero en toda la acepción de la palabra, se convirtió en médico a caballo, en caballero médico. Esta necesidad hizo ser pronto un magnífico jinete y ello fué la génesis del general de caballería D. Juan Palarea y Blanes.

Pero antes conviene recordar en rápida ojeada su vida premédica. El médico Palarea nació en Murcia el año 1780 y fué bautizado en la parroquia de S. Andrés Apóstol. Hijo de D.^e Antonio Palarea y D.^a Juana Blanes, acomodados comerciantes establecidos en dicha parroquia y nieto de Juan Bautista Palarea, natural de Nasin, en el reino de Nápoles y de Rosa Bianchi (Blanci), natural de Alicante, pero también de origen napolitano. Estos, como tantos otros vinieron de Nápoles a España en tiempos de los Borbones cuando dicho reino estaba unido a la corona española y se dedicaron laboriosamente a la producción y comercio de la seda. Hermanos del «Médico» serían Mariano, Joaquín, José y Antonio, por este orden, pues D. Juan era el mayor.

Sus padres, llevados de su ardiente fe religiosa que supieron inculcar en sus hijos, pensaron dedicar a su primogénito a la sagrada carrera del sacerdocio. En efecto, tras estudiar en el colegio de la Purísima de los frailes franciscanos la gramática latina y la filosofía con gran aprovechamiento, pasó al Seminario Conciliar de S. Fulgencio, donde cursó hasta el quinto año de Teología. Próximo ya a ordenarse, comprendió que su vocación no era la carrera emprendida y que su afición y aptitud le llevaban por otros derroteros. Puso en conocimiento del P. Guardián de la Purísima sus pensamientos y solicitó su ayuda para tratar de convencer el criterio justo y firme de D. Antonio Palarea. Si tenaz era el padre más lo era el hijo y al fin pudo conseguir la autorización y el dinero necesario con que poder ir a opositar a una beca para el estudio de la carrera de Medicina a Zaragoza. Antes de que llegara una tardía recomendación lograda por su padre, D. Juan Palarea había logrado, en brillante y reñida oposición, ganar la beca que le había de servir de estímulo en su

